

2. FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN EL SER HUMANO COMO SER RELIGIOSO

El origen de lo religioso: El origen de lo religioso en la humanidad es tan incierto como el origen mismo de la humanidad, pues no hay pruebas o testimonios que puedan confirmarlo con exactitud. Sin embargo, desde las primeras manifestaciones de la vida humana, han quedado vestigios de un sentir religioso, mítico-religioso, o trascendental.

Frente al acontecimiento de lo religioso en el ser humano, también se han elaborado diversas teorías, muchas de ellas contradictorias entre sí. Dichas teorías van desde grandes apologías del espíritu religioso como un hecho connatural a la vida humana, hasta aquellas que aseguran que lo religioso es sólo fruto de la frustración o de la incapacidad de los seres humanos por bastarse a sí mismos.

Como carencia: También hay teóricos que se basan en la historia de las mentalidades para afirmar que el hecho religioso acontece cuando la persona se considera incapaz de explicar los acontecimientos que debe vivir y, en lugar de establecer elucubraciones racionales, convierte tales hechos en acciones y manifestaciones de un Dios.

Dichas teorías tienen un gran valor explicativo y argumentativo y su riqueza está en la manera como nos permiten comprender la profundidad del sentido religioso.

Sin embargo, muchas de ellas terminan negando o descalificando el fenómeno religioso, que ellos mismos han tomado como base de sus reflexiones, y lo colocan como una debilidad de la racionalidad o como un elemento más, fruto de la imaginación.

Como necesidad: Hay teorías moderadas que argumentan que el sentido de lo religioso en los seres humanos surge de una continua búsqueda, de la dinámica espiritual que las personas desarrollan por su continua necesidad de llegar siempre a un punto más alto. Sólo ese deseo de llegar a la Verdad, de profundizar y fundamentar los acontecimientos en una realidad eterna y verdadera, hacen que la búsqueda sea religiosa.

Como experiencia de vida: No hay la suficiente claridad para asegurar cuál de todas es la mejor o la única respuesta, pues cada persona y en cada

acontecimiento la experiencia y la necesidad de recurrir al encuentro con lo trascendente se manifiestan de una manera diferente. Además, las explicaciones en pro o en contra pueden ser fruto de experiencias religiosas satisfactorias o de frustraciones al respecto.

Por último, se reconoce que el hecho religioso, desde todo punto de vista y cualquiera que sea su fundamento o el móvil psicológico de su acción, se manifiesta como un deseo, como una necesidad, como una aspiración a la Verdad, a lo Absoluto, a una realidad fija y eterna. Así mismo, lo religioso es una continua tensión entre lo profano y lo divino, entre lo material y lo espiritual, y entre lo mortal y lo eterno, que se manifiesta como una continua búsqueda de sentido de las cosas desde una perspectiva trascendental, desde una vivencia espiritual.

El surgimiento del sentido religioso: Cualquier análisis de la vida humana se debe contextualizar en una historia, en un ambiente, o dentro de un acontecimiento determinado. Esa realidad nos ofrece unas garantías de comprensión más precisas y nos posibilitan hacer juicios con mayor certeza sobre las condiciones de actuación de las personas.

Lo religioso como hecho histórico: En este sentido, como las personas son históricas, la forma como viven el hecho religioso también es histórica. No se puede extraer una vivencia, una creencia o una manifestación del hecho religioso de la historia donde las personas se desarrollan. El hecho religioso se realiza y se dinamiza en la historia; si lo extraemos de ella, su comprensión es errada o carente de sentido. A lo largo de la historia, se pueden encontrar diversas manifestaciones del acontecer religioso.

Así mismo, se descubre vestigios de instrumentos, materiales y rituales de carácter religioso que nos ayudan a comprender sus manifestaciones y la importancia que dicha vivencia tuvo para cada pueblo. Al ubicar el hecho religioso en la historia, tenemos mayores posibilidades de análisis. Al estudiar la mayor cantidad de manifestaciones en la historia y en las distintas culturas, podemos comprender mejor lo que significan esas vivencias y la importancia que lo religioso tiene para la humanidad, con independencia de las creencias particulares, las concepciones de Dios o sus relaciones con lo trascendente.

El siguiente cuadro nos ayuda a comprender mejor la aparición del acontecimiento religioso con la aparición del ser humano en la historia.

Especie	Hace... años	Capacidad Craneal	Hombre Conocido	Manifestaciones religiosas
Australopitecos	1750	000 750 cc	Homo habilis	Trabajos incipientes
Arcántropos	500.000	1000 cc	Java	Utiliza el fuego, pero sólo lo saben mantener. No entierran muertos. Vacía cerebros humanos Vivencia magico-religiosa
Paleóntropos	200.000	1500 cc	Neanderthalensis	Entierra a sus muertos y los rodea de ofrendas. Fabrica amuletos.
Neántropos	50.000	1.500 cc	Cromagnon Homo Sapiens	Prácticas mágico-religiosas. Entierra a sus muertos en pequeños monumentos funerarios. Rinde culto a los muertos. Construye dólmenes Tiene divinidades domésticas.

Las religiones en la historia: Las diferentes manifestaciones religiosas que surgen a través de la historia se fueron consolidando en sistemas rituales y de creencias más o menos cohesionadas, hasta llegar a convertirse en religiones.

Cada religión asumió de las distintas manifestaciones religiosas aquellos elementos que le permitieron sostener una doctrina coherente y convincente, en un proceso que tardó años y, en algunos casos, siglos.

En todos los casos, la expresión de lo religioso comienza como una vivencia de carácter individual, y a través del tiempo se sistematiza y se convierte en una experiencia colectiva que cree en un Dios, que celebra unos ritos y que asume un tipo de conducta religiosa, basada en una doctrina. Con el fin de comprender mejor las manifestaciones religiosas a través de la historia, se tiene en cuenta el siguiente proceso:

Religiones cósmicas: Basan su experiencia en la sacralidad de la naturaleza. Suponen que vivimos en un mundo sagrado que se manifiesta a través de los fenómenos naturales. Frente a ellos, los seres humanos expresan su creencia a través de ritos, cuyo contenido y cuya doctrina se relata en mitos.

El mundo comprendido como sagrado carece de toda interpretación científica o racional y se le otorga el

carácter de misterioso y divino, que envuelve todo lo real y crea la conciencia de un mundo casi imaginario, absorto en la literatura mítica.

Esto hace que lo humano nazca y viva en lo divino, en lo misterioso y en lo místico. En esta concepción, el mundo concreto y real no existe, o su existencia se confunde con la existencia divina.

Entre las religiones de tipo cósmico se pueden citar las del antiguo Egipto, las de Mesopotamia, Fenicia y Cananea, y las de los pueblos prehispánicos de América, entre otras.

Religiones de la interioridad: Son aquellas que sostienen que la vida humana es un continuo volver sobre sí, descubriendo su riqueza y su vida interior, de tal manera que le permita reconciliarse con su yo profundo, calmar todos sus deseos y sus ansias, y superar todas las necesidades.

En esta concepción, las personas no logran alejarse por completo de la realidad material exterior, pero sí privilegian el carácter interno de sus reflexiones sobre las circunstancias externas. La reflexión interior pasa a constituir el centro y la sabiduría que rigen la historia y la vivencia de la humanidad.

Algunos planteamientos de este tipo han llegado al extremo de desechar por completo la vida material y el mundo exterior por considerarlos como obstáculo, prisión o negación de una espiritualidad en plenitud.

Dentro de estas vivencias se pueden encontrar las religiones de Oriente, especialmente aquellas tradicionales de India y China, como el Hinduismo, Budismo, el Taoísmo y el confucianismo.

Religiones históricas universales: Estas religiones asumen un punto intermedio entre el misticismo, las religiones de interioridad y un planteamiento de fe mediado por el pensamiento racional. Se caracterizan porque consideran su doctrina como un mensaje para toda la humanidad, cuyos creyentes se deben volver misioneros del mensaje.

Aquí juega un papel importante la conversión de los no creyentes y la esperanza de una vida en el más allá. Dentro de ellas se encuentran el cristianismo y el Islam.

El cristianismo nacido de las tradiciones israelitas, asume el pasado de Abraham y los patriarcas como sus padres en la fe. Luego acepta la llegada de Cristo como el Mesías que se convierte en el salvador de la humanidad y en el Dios humanado para los creyentes.

Por su parte, el islamismo surge en el siglo VII d.C., con elementos de judaísmo y del cristianismo, como un movimiento religioso que sigue a Mahoma, el salvador e intermediario entre Dios y los seres humanos. Hay una conciencia de sometimiento a Dios y de búsqueda de la universalidad. Aún a costa de la guerra.

La obsesión de la muerte (Alfredo Fierro Bardají)

Sin muerte no habría religión. El hombre religioso es el hombre mortal y con conciencia de su mortalidad. Si los hombres no murieran serían propiamente como dioses y no tendrían necesidad alguna de venerar algo exterior a ellos.

La propia muerte afecta y amenaza al hombre religioso en tanto que aparece el problema de la salvación. Pero la muerte está presente en muchos ritos religiosos, en especial como muerte de los otros. Mejor dicho: son los muertos, los recién fallecidos o los antepasados en general, quienes están allí presentes como objeto de culto, de servicios rituales, de conmemoración, o de encomienda a los dioses.

Al parecer, el hombre no ha sido capaz de asumir la muerte sino interponiendo la medición de unos símbolos, realizando ceremonias de exequias, que en la mayoría de las sociedades son exequias religiosas.

Buena parte de los ritos religiosos están destinados a asegurar y regular las relaciones entre los vivos y los muertos, sobre el muy razonable acuerdo de que los vivos han de seguir viviendo en paz, sin que se les turben los muertos, mientras que estos descansan en paz gracias al solicitado cuidados de los vivos.

En el culto funerario, los hombres tratan de hacerse perdonar por los difuntos por haber sobrevivido y procurar también satisfacer sus necesidades de ultratumba, porque desean allí todo bien y porque además, resultaría terrorífico, que aferrados aun en este mundo y añorándolos inquietos, regresaran a él como espectro y como animo de vengar antiguos daños sufridos.

Los ritos funerarios por otro lado. Constituyen una afirmación colectiva de la vida, de que la vida continúa. Así lo manifestó la generada costumbre del banquete funerario, al que a veces, como en algunos pueblos africanos, asiste el propio difunto, maquillado de forma conveniente o revestido de galas, o representado de forma simbólica por otra persona.

Las técnicas rituales de atención a los muertos pueden ir acompañadas en el rito por otras técnicas de desdén e indiferencia ante la muerte: festines y juegos de los vivos, a veces parodias y orgías, con las que se trata de negar la muerte, de afirmar el sentido de la vida y la voluntad de continuar viviendo como si hubiera muerto, como si esta fuera sólo un débil hiato entre una vida y otra, un obligado peaje para el transito e iniciación a otra forma de vivir.

La obsesión ritual por la muerte o por lo muertos destaca en la religión europea megalítica cuyos monumentos son de carácter funerario. Al igual sucede en la religión de los egipcios a lo largo de los tres milenios de su civilización. También los egipcios creían que la conservación de cadáver y el aprovisionamiento de instrumentos y herramientas eran necesarios para su supervivencia al otro lado de la muerte.